

EL arquitecto que fue mi padre

por

Pedro Domènech Roura Arqto. († 1962)



Ex-libris

Fue el Excmo. Sr. D. Luis Domènech y Montaner, arquitecto y hombre, por muchos conceptos, notable. Fue mi padre y fui su mayor colaborador durante más de 35 años. De las muchas enseñanzas que de él aprendimos, vamos a exponer algunas que consideramos especialmente notables e instructivas.

Estudiaba todos los asuntos con el mismo interés, fuese cual fuese su importancia, costábale mucho tomar una determinación sobre cualquier problema, no por falta de facultades, sino por temor de no tener el caso bien agotado en su estudio, lo que se consideró, por algunos, como poca diligencia en su trabajo, siendo así que cuando el caso apremiaba tomaba rápidamente una solución ejecutiva. Ejemplo de ello fue su hotel de los 83 días (1).

Hecho cargo del asunto y con su conveniente estudio, valiéndose o no de medios de información, trazaba los primeros croquis, más o menos estudiados, que a veces eran definitivos, si no eran de su agrado, se volvía sobre ellos trazándolos de nuevo.

Tuvo siempre oficina, más o menos numerosa, y en esta oficina se trazaban en escala los croquis que Domènech había trazado, revisados y corregidos. Se ponían en tinta directamente, pero muchas veces se hacía un calco en un vegetal del que salía el dibujo definitivo del proyecto y del que los auxiliares trazaban los planos en limpio. En este plan de trabajo y la colaboración de proyectista, oficina y auxiliares era continua y muy efectiva.

Fue cuidadoso de todo lo que a construcción y disposición de cálculo mecánico se refería, llegando cuando por su importancia lo requería, al estudio muy personal del asunto y trazar los detalles a veces a escala natural. Fueron notables sus composiciones mecánicas cuando se trataba de disposiciones en que intervenía obra de cerámica y combinaciones de obra y palastros en sus diferentes perfiles.

De la oficina, además de los planos completos y en claro dibujo, salían todos los detalles de ejecución necesarios, muchos a escala 1/20 y algunos dibujados a tamaño natural, especialmente detalles y secciones de obra o decoración, de azulejos, mosaicos, pintura, etc.

Empleó casi siempre los materiales al natural, sin revestimientos ni imitaciones. Unido a su brillante composición arquitectónica, a veces escenográfica, el material adquiría nobleza aunque fuese ordinario y corriente y si a ello se juntaba el empleo de un material rico, aunque sólo fuese en pequeña cantidad, adquiría la cosa carácter de riqueza, desconcertante respecto a su coste. Este fue el caso de su Hospital de San Pablo, en el que consideró que todo cuanto podía dar sensación de bienestar al enfermo era también una terapéutica. No citaría eso último si no fuese para recordar una anécdota vivida por mí. Trató el rey don Alfonso XIII de documentarse respecto a construcción de hospitales y allá se vino un día él solo, dispuesto a una larga visita y conferencia. Lealmente le expusimos nuestra opinión, respaldada por la experiencia de nuestro hospital puesto ya en servicio, respecto a distribución y agrupamiento, sobre nuestras soluciones que creíamos acertadas y a las que, no habiendo dado resultado satisfactorio, le aconsejamos modificar. Al término de la visita y

al despedirse al pie de la escalera de la Casa de Convalecencia, salió su comentario: «Sois bien paradójales los barceloneses; a vuestros enfermos les levantáis un palacio y a vuestro rey una cuadra». El palacio era de ladrillo, azulejos y muy poca piedra, pero el arquitecto era Domènech.

Pensaba las soluciones detalladamente, con calma y raras veces hacía croquis alguno sin un partido o solución tomada. De cosas suyas, muchas veces lo mejor fue su primer croquis, en el que había ya la solución y que nos entregaba para que se pusiera a medida y a escala, operación difícil y delicada en la que frecuentemente tenía que intervenir personalmente.

Disponía tanto en planta como en fachada, mejor en volumen, los cuerpos que habían de formar el edificio, en cuya agrupación o trazado lo supeditaba todo a un orden y a una solución clara. Opinaba que por muy enrevesada que hubiera de ser la solución sujeta a términos difíciles, siempre se podía llegar a un orden claro y conveniente; todo era cuestión de trabajar la planta o el alzado, decía él; tirando de aquí, alargando de allá, cambiando los ejes, ordenando respecto a huecos o macizos, según conviniera, corriendo un muro o aquel tabique, modificando lo que esto suponía, se acababa por conseguir, a veces con ímprobo trabajo, la idea por él perseguida de un orden determinado. No transigía. Comentábamos, entre sus auxiliares, lo claras que nos quedaban las plantas con dificultades a veces para la instalación de las dependencias pequeñas, o de varia superficie, sin entrantes, ni rincones, ni chaflanes, en comparación de lo que veíamos en revistas, especialmente inglesas.

Igualmente sus alzados siempre obedecen a un orden, conseguido también en un tira y afloja de los ejes, que hacía correr lo conveniente, aunque tuviera que modificar la planta o se reagrupaban hasta dejarlos en su sitio, con perfecto éxito de simetría, paralelismo, cruce, en euritmia... o en alternancia. Y en esta ordenación le gustaba una viva y variada ordenación. Jocosamente comentaba las Ordenanzas Municipales, que obligaban a mantener los huecos de los distintos pisos, en un mismo eje vertical, cosa que las más de las veces no cumplía.

En el empleo copioso que hizo de las bóvedas tabicadas, de las que sacó gran partido, su disposición se sometía a un completo estudio de oficina: se determinaban sus empujes y se comprobaban con cuidado los contrarrestos, fuesen por gravedad o tirantes, éstos nunca vistos. Se verificaban las secciones minuciosamente, seccionándose las bóvedas, de las que se comprobaba su trazado, en sección, para que no se separaran de sus curvas correspondientes, admitiendo una mínima tolerancia que se fiaba a la adherencia de las diversas capas de la bóveda. No admitía juntas de inflexión, ni cambios bruscos de curvaturas, si no había necesidad de ello, sin las precauciones necesarias.

Si el examen no resultaba satisfactorio, se corregía totalmente el trazado. Para la ejecución en obra de estas bóvedas, se facilitaba el trazado de los «puntos» en los muros y de las diferentes cerchas necesarias, las diagonales, las medias, las co-

(1) Véase en este mismo número la nota 40 de la pág. 88

rrespondientes a las aristas o penetraciones y cuantas intermedias fueren necesarias, según el tamaño de las bóvedas, que se comprobaban geoméricamente para su conveniente correspondencia. Estas bóvedas obedecían generalmente al trazado de las llamadas de «cuatro puntos» que se prestaban a una gran libertad de trazo llevando los empujes a puntos fijos y determinados donde fueran de fácil contrarresto. Empleaba poco las bóvedas por arista, por su endeblez que reforzaba siempre a la vista u ocultamente. Empleaba lo menos posible las de cañón seguido, por la dificultad de su contrarresto continuo. Se aparejaba las bóvedas, salvo casos especiales como las por arista, en hiladas continuas paralelas a los muros o elementos de apoyo, formando a modo de una hélice rectangular que se cerraba en el centro de la bóveda por una hilada máxima de 30 cms. de ancho.

Cuando la importancia del dispositivo constructivo lo requería se reformaba el estudio completo en el que no se ahorra comprobación ni cálculo. Uno de ellos fue la fundación del Hotel Internacional de la Exposición del 88. La base de su emplazamiento era una escombrera con la que se había ganado terreno al mar y ni el presupuesto del edificio ni el tiempo disponible permitían una fundación que alcanzara al terreno firme. Hubo que buscar un procedimiento expeditivo y factible, recurriendo a una gran plataforma que repartiese la carga en la mayor superficie posible, dando al edificio el menor peso posible. Esta plataforma se proyectó con barras de hierro y obra de ladrillo. Como dato curioso se ha de consignar que las barras de hierro fueron alquiladas a «Material para Ferrocarriles y Construcciones» por el tiempo que durara el edificio. Esta sociedad entregó raíles viejos que como chatarra había comprado a los ferrocarriles de Cuba. Se preparó el solar excavando lo menos posible el terreno hasta dejar una superficie plana y horizontal, que se comprimió con agua, al rodillo. Se cubrió con una espesa capa de macadam de grava y arena que también se comprimió en lo posible, dejándola perfectamente plana y horizontal. Sobre esta capa de macadam se formaron unas fajas de obra, en la dirección de las crujías apoyándose el arranque de fajas que estaban arriostradas con un entramado de barras de hierro del largo del raíl, montadas en perfil curvo invertido sobre una solera de rasillas. Se apoyaban otras barras, dos o tres, que corrían en la dirección de los muros y por lo tanto normales a las anteriores macizando el conjunto con soleras de ladrillo, formando una resistente verdugada se disponía el apoyo de las paredes del edificio en la forma y planta conveniente.

Se consideró muy importante conseguir una uniformidad de carga con fatiga muy baja, que, no recuerdo muy bien, pero no rebasaba los 0'15 Kg. por cm. cuadrado.

Paralelamente a la solución de la fundación del Hotel Internacional debemos considerar la rapidez de su construcción. Se le llamó el hotel de los 83 días. En la organización del trabajo desplegó su talento notable, con equipo completo: el encargado general, los capataces que se consideraban necesarios trabajando casi a destajo, con equipo doble para dos tiempos de diez horas y turnando cada semana. La iluminación completa eléctrica se

hizo con algo que en su día fue célebre: el motor Escuder, hoy ya desaparecido. Como complemento organizó la brigada de recurso, formada por obreros de todos los ramos, cuya misión era suplir los fallos del trabajo.

A una organización parecida se debió el éxito de la construcción del Palacio Nacional de la Exposición del 29.

Notables fueron sus aplicaciones de bóvedas tabicadas y una de ellas fue la de la Casa Fuster. En ella se dividió la planta en una serie de rectángulos en cada uno de los cuales se trazó una bóveda de cuatro puntos de flecha muy reducida. En cada lado de estos rectángulos dispuso un tirante de palastro, debidamente unidos los ángulos, que resistían a los empujes de los tirantes.

En su actuación tuvo por auxiliares en diversas épocas a los arquitectos, Buenaventura Pollés, José Forteza, Antonio Gallissá, Antonio Millás, Enrique Catá, Francisco Guardia y el que suscribe. Dibujó notablemente, fué un virtuoso del dibujo y del colorido. Encantan y seducen sus dibujos y croquis, tanto de sus obras como las copias de arte antiguo. Es el dibujo perfecto, que con procedimientos sencillos logra gran efecto siempre con trazo continuo muy fijo. Dibujó también copiosamente para la confección de libros, sellos, cabezas de publicación, encuadernaciones, guardas, viñetas e ilustraciones.

Dibujaba con lápiz, pluma o pincel, o con elementos varios: un papel enrollado muy delgado un canuto de caña o un simple palillo a modo de punzón y cortado como pluma de ave. Empleaba muy parcamente las escuadras y el compás, detestando el tiralíneas que según decía, quitaba carácter al dibujo. Siempre a pulso.

Una bella muestra de sus dibujos es «La Armoria Nacional, Casa Real de Barcelona y de Castella» con la que ganó el premio Martorell de 1922, formada por innumerables copias y reproducciones de escudos y banderas.

Fue también muy notable su habilidad de dibujo en apuntes del natural o copia de fotografía. Son innumerables las papeletas, que tenía realizadas sobre temas de arqueología, muebles, objetos de culto, joyas, armas y obras de arquitectura, en diferentes modos de expresión gráfica muy frecuente el croquis de una topografía en papel vegetal, pluma, con tinta corriente, u otra de muy buen efecto, el calco.

Fueron excepcionales sus fichas de arte románico, de las que había acumulado unas mil doscientas, todas ellas con mucho detalle, describiendo cuidadosamente nuestras principales obras arquitectónicas, con referencias históricas y técnicas muy precisas.

Fue un trabajador infatigable, teniendo mucha más inclinación al trabajo quieto y pacienzudo de investigación en museos, archivos y bibliotecas, o en viajes y excursiones que al duro y exigente de las obras entre operarios, contratistas, juntas y propietarios. Serra y Pagès en su necrología dice: «se le censuraba "que no fes coses"», que no publicara obras, que un hombre de su saber se lo guardara todo y no diera a conocer algo de lo que tanto había estudiado. Mas que una censura aparente, esto era, en rigor, un gran elogio tácito que se le hacía.



Ex libris